

# Los lugares todavía existen y requieren guías etnográficas

Abilio Vergara Figueroa, *Etnografía de los lugares. Una guía antropológica para estudiar su concreta complejidad*. Ediciones Navarra/Escuela Nacional de Antropología/ Instituto Nacional de Antropología e Historia. México. 2013.

Reyna Sánchez  
Margarita Zires  
Universidad Autónoma Metropolitana  
Unidad Xochimilco

Para quien está interesado en la antropología urbana (y no sólo en ella), el libro de Abilio Vergara, *Etnografía de los lugares. Una guía antropológica para estudiar su concreta complejidad*, es una fuente de información indispensable.

Además de la riqueza y el rigor teórico que despliega el autor en este análisis de las distintas dimensiones del lugar antropológico, resalta su carácter didáctico. El autor va tejiendo una metódica ejemplificación de lo que es la etnografía, distinguiéndola de la crónica al marcar con claridad las limitaciones de ésta. Sus aportaciones metodológicas sobre cómo “leer” un lugar, qué observar en él y cómo interpretar el entramado de significaciones ahí presentes son una guía precisa para aquellos interesados en el tema.

Destacan en este trabajo sus aportaciones teóricas a partir del planteamiento de una compleja definición del lugar antropológico, donde se propone un análisis que busca entenderlo desde múltiples dimensiones que rebasan lo funcional e instrumental para adentrarse en lo histórico, simbólico y estético, sin dejar de tomar en cuenta aspectos de la estructura político social en la que el lugar se encuentra inscrito.

Abilio Vergara retoma en su definición del lugar ésas y otras diferentes dimensiones:

Defino, o delimito, el lugar como espacio que, circunscrito y demarcado, “contiene” determinada singularidad *emosignificativa* y expresiva; es el espacio

donde específicas prácticas humanas construyen el lazo social, reelaboran la memoria a través de la imaginación demarcándolos por el afecto y la significación: en su imbricada función de continente, es tanto un posibilitador situado, como también punto de referencia memorablemente proyectivo, depositario y cruce de códigos y posibilidades, de permanencia y cambio. Está demarcado por límites físicos y/o simbólicos, tiene un lenguaje específico, una fragmentación interior ocupada por la *diferencia* que *complementa* actores estructurantes y estructurados con jerarquías variables, y propicia y produce unas formas rutinarias y ritualizadas de experiencia que reconstruyen la identidad, entre otros componentes. *Con-forma* a los lugareños, aunque no elimina el surgimiento de contradicciones y conflictos (p. 35).

En el cruce de estas múltiples dimensiones el autor va esclareciendo las características y aspectos de los lugares, que dice, “deben ser sometidos a observación, registro, clasificación y análisis” (p. 15), lo cual queda ilustrado con ejemplos que resultan novedosos, interesantes y divertidos.

En esta dimensión teórica resulta también muy productivo el debate con Marc Augé (p. 31), cuya caracterización dicotómica es rebasada por la propuesta de Abilio Vergara, quien establece que la principal diferencia entre el lugar y el no lugar es la temporalidad, *el lugar* es aquél donde vivimos y el *no lugar* aquél por el que se transita sin habitarlo. Abilio plantea reinterpretar los lugares a partir de una tríada de niveles: el dispositivo, el sistémico y el simbólico-cosmogónico. El dispositivo consta de un conjunto de esquemas sensoriales y perceptivos que están *in-corporados*, que permiten, entre muchas otras operaciones, ubicarse, percibir, desplazarse e interpretar los lugares; el sistémico abarca las representaciones gráficas y mentales que vamos conformando en nuestros desplazamientos o acercamientos diversos con los lugares; el simbólico-cosmogónico remite al lugar ontológico, nos relaciona en las dimensiones simbólicas, emotivas y expresivas evocadas por los lugares.

En el primer capítulo analiza los distintos lenguajes que caracterizan a los lugares y les otorgan diferente significación; no sólo retoma el lenguaje arquitectónico y el lenguaje de los objetos que se imponen a la mirada, sino también el lenguaje verbal y escrito, el dialecto o sociolecto que sirve para distinguir a los lugares, en el cual está sedimentada toda una historia de relaciones sociales ligadas a los espacios. Surge entonces el análisis de los nombres de las cantinas: El Nivel, La Guadalupana, Salón España, El Gallo de Oro, La Ópera. Destaca las diferencias de significado que asumen los nombres de las pulquerías: *Sal si puedes*, *Las glorias de Baco*, *Viva mi desgracia*, *Detente hermano (...)*, *Los eructos de Sansón*,

*El capricho, BB y BT...* (p. 441). En relación con el lenguaje corporal, subraya la manera en que el lugar se constituye en un marco fundamental de la copresencia relacional, donde el cuerpo adquiere un protagonismo central: “es la forma en que el actor, sujeto o *lugareño* define y expresa su ser” (p. 51). Según Vergara, también el lenguaje sonoro del lugar merece una reflexión.

Otro de los aspectos al que este autor hace referencia son las prácticas sociales ligadas a los espacios, las ligadas a la vida cotidiana y las relacionadas con el rompimiento de éstas y con las ceremonias. En relación con “las rutinas y rituales” de los lugares antropológicos, el autor distingue claramente entre unos y otros. La rutina la define como “las formas habituales de relacionarse y de actuar de los *lugareños*”, que remiten a los actos repetitivos, secuenciales, que están articulados con los ciclos y los ritmos que producen y expresan la naturaleza del lugar en su vida cotidiana. La rutina instituiría el hábito y la costumbre que puede hacerse maquinalmente. El ritual está ligado más bien al orden ceremonial, remite también a secuencias de actos ordenados, cuyo valor comunicativo y simbólico es fundamental. “Podemos subrayar que los rituales intensifican las acciones, y entre sus objetivos está estimular una interpretación “recargada”: emotiva y significativa” (p. 78).

Sin embargo, aclara con Leach y Goffman que, si bien hay diferencias entre las rutinas (que están más bien ligadas a los actos funcionales, técnicos y cotidianos) y los rituales (que están más relacionados con los actos sagrados, expresivos y simbólicos), no se puede dudar que las rutinas poseen cierto nivel de ritualización y, por lo tanto, una dimensión expresiva y significativa, y los rituales, aunque estén cargados de simbolismos, no están totalmente despojados de una dimensión funcional. Las fronteras entre ambos extremos serían porosas.

En todo este análisis el autor invita a revisar los aspectos normativos y valorativos de las rutinas y rituales, así como las tensiones y conflictos que en ellos se generan. En este apartado rescata, además, los aportes de Víctor Turner, Jean Cazeneuve, Van Gennep y Roberto da Matta, antropólogos especialistas en el tema, para proponer una clasificación básica que puede guiar las etnografías de los rituales en diversos lugares, distinguiendo los ritos de control, los conmemorativos, los de duelo, los de paso y los de aflicción. Y agrega el autor: “cada tipo de rito se realiza en diferentes *lugares*, los constituye y recibe de ellos y en ellos la legitimidad (y a la inversa, dichos ritos legitiman *lugares*, aunque algunos lugares pueden integrar varios tipos de ritos” (p. 79).

En el capítulo cuatro dirige su mirada a la estructuración del orden interno del *lugar* (se invita al estudioso a revisar cómo está “recortado” en distintos fragmentos de acuerdo con su diferente accesibilidad); a analizar el tipo de usos y prácticas que contiene cada fragmento y cómo se articula con el conjunto; a observar la diferenciación social y de poder que está ligada a dicha estructuración, la jerarquización que establece y la producción de emociones y sentimientos que genera (p. 91).

En otro apartado Abilio Vergara se aboca a entender las fronteras de los lugares, las que señala “pueden ser vistas como la posibilidad o inicio de diálogo con el entorno” (p. 118), como sinónimo de límite o borde, de contenedor, remarcando su capacidad de aislar algo, de separarlo de su entorno, sin embargo, el autor puntualiza: las fronteras no son siempre fijas, ni claras ni estáticas. En esta parte de su estudio se analizan los distintos criterios que utilizan diferentes clases o sectores sociales, regiones, países, según épocas, para cercar, limitar y dividir, así como para relacionar lugares.

El juego mutuo de condicionamientos entre los sujetos y los lugares es otro de los niveles que el autor desarrolla en el libro, donde propone al lugar como un “espacio demarcado y estructurado que espacializa las prácticas y significaciones, que se densifican en la biografía y la historia de los sujetos y grupos en un juego mutuo de condicionamientos” (p. 140). Así, la biografía y la historia, individual una, colectiva la otra, están estrechamente vinculadas a los lugares y a sus manifestaciones en el tiempo. Este nudo significativo nos muestra, por ejemplo, ritmos, rutinas, prácticas, ciclos.

Un nivel no menos importante es el que trabaja el autor al analizar las relaciones entre *lugar*, *territorio* y *espacio*, es decir, según sus propias palabras: “los lugares insertos en territorios y redes, funcionales e imaginarias, en mapas mentales de tránsito y evitamiento que imaginan, elaboran y realizan sus usuarios” (p. 156). Las redes, concepto que elabora muy acertadamente el autor, y que caracteriza como “subjetivas, cognoscitivas y topográficas, y sirven para caminar, relacionar y valorar” (p. 156), son parte de un sistema imaginario-conceptual que está siempre en diálogo, contradicción y antagonismo, y siempre definido desde las prácticas, las experiencias, las interpretaciones, los imaginarios y, también, la reglamentación institucional.

Vale la pena subrayar otro elemento que nos parece sustancial, la importancia que Abilio Vergara otorga a la dimensión semiótica en este estudio. El autor analiza con detalle, a lo largo de la obra y de los ejemplos que explicita, las dinámicas discursivas, sus condiciones de producción, el orden del discurso y la intervención de los sujetos. Desde una perspectiva semiológica que recurre a autores clave como Bajtin, Baudrillard, De Ípola y Umberto Eco, hace confluír los aportes de la antropología y de los

estudios del lenguaje en una propuesta que permite entender a los lugares como espacios de significación donde el sentido está construido con múltiples materialidades.

El texto es también una exhaustiva revisión de trabajos de muy diversa índole que tienen como objeto el *lugar*: los salones de baile, las iglesias o centros de culto, las cantinas y bares, los centros comerciales y espacios lúdicos, los barrios populares, los mercados, las unidades habitacionales, las cárceles, el burdel, las vecindades, la calle, la ciudad. Pocos rincones de la urbe quedan sin repaso de esta aguda mirada. Además, la idea de plasmar el análisis de algunos lugares como *postales etnográficas* resulta muy acertada, ya que permite reconocer las singularidades junto con las generalidades, lo particular y lo común. Es una recreación analítica de los lugares, que muestra las interacciones de los sujetos, las normatividades y las subversiones, los lenguajes, las rutinas y los rituales, es decir, cada uno de los detalles significativos que permiten entender la densidad del lugar.

Finalmente, consideramos que los aportes teórico metodológicos que encontramos en este libro se dejan aplicar y permiten pensar a los investigadores en todo tipo de lugares singulares. Brindamos un ejemplo de lo que ha suscitado en una de nuestras investigaciones. Abilio Vergara —señalamos antes— explica el *lugar* como un espacio circunscrito en el que se inscriben prácticas humanas específicas, rutinas y rituales que construyen un lazo social, donde se elabora y reelabora una memoria, donde participan actores determinados con jerarquías variables y donde se construyen identidades, los *lugareños*. Punto de referencia de códigos, dialectos y lenguajes múltiples. Esta definición ha resultado muy útil, por ejemplo, para Margarita Zires, que al pensar en su objeto de estudio actual, o sea los espacios virtuales, reflexionó sobre la posibilidad de comprender los llamados *hashtags* “#” como lugares antropológicos. En este sentido, ella se puede preguntar qué prácticas comunicativas se generan ahí, qué tipo de lazos sociales se establecen, qué características tiene la memoria que se crea allí, qué tan fija o provisional puede ser esa memoria, cuáles son las reglas o códigos que lo rigen, cuáles son las características del lenguaje que ahí se produce, los signos, los términos, las abreviaturas que en el espacio del *Twitter* se están generando. También surgen preguntas como a qué sujetos interpela ese lugar, qué formas de experiencia colectiva o singular procesa. Además, si retomamos también la idea del autor de que los lugares “son una construcción en el tiempo y que requieren durar para ser”, podremos darnos cuenta de en qué medida un *hashtag* es un lugar, o cuándo lo es, ya que, como sabemos, algunos son producto de ocurrencias efímeras

mientras que otros convocan a múltiples usuarios por un tiempo mayor y se instalan como espacios duraderos en la red.

En su estudio Abilio Vergara también recupera las valiosas aportaciones de Goffman en relación con los rituales de interacción que se generan en un espacio. Esto nos lleva a pensar en el ritual de intercambio escrito que se da en *Twitter* en determinado *hashtag*, en sus permanentes redefiniciones de parte de los tuiteros, en las luchas, conflictos y contradicciones que se suscitan en la redefinición del espacio que estipula: qué contar, qué callar, cómo contarlo, lo que se puede y debe contar y qué tipo de emociones se permiten expresar.

Esta puesta en práctica de la definición de lugar antropológico que propone Abilio Vergara es muestra de la riqueza teórico metodológica de su libro para la antropología contemporánea.

Y como último comentario, queremos destacar que este libro suscita una lectura gozosa, tanto por su escritura como por la elección de las imágenes, muy acertadamente integradas. Asimismo, encontramos en él un tono irónico, lleno de humor, además de una profundidad y rigor teórico y gran agudeza en la observación etnográfica.







